

Seguimos adelante...

Queridos feligreses, después de un año de pandemia, quiero enviaros esta reflexión a todos vosotros.

Ha pasado ya un año desde que el gobierno declaró el estado de alarma. Esto supuso un confinamiento domiciliario que duró tres meses. Durante ese tiempo cambió la fisonomía de la parroquia. Acostumbrado al dinamismo pastoral intenso, me vi obligado a cortar de golpe toda la actividad parroquial. El movimiento quedó reducido totalmente, y en especial la vida litúrgica. Nunca me había sucedido algo así, en mis 34 años de ministerio: dejar en seco lo que constituye el núcleo de la vida pastoral. Eché de menos las celebraciones, parte esencial de la vida de un pastor que cuida y vela por su comunidad, así como poder acompañar y apoyar a los diferentes grupos. No pudimos celebrar la Semana Santa ni la Pascua, fiestas culminantes de nuestra fe cristiana. Pasé 90 días sin retroalimentación entre el sacerdote y la comunidad. Noté a faltar esa vida comunitaria que vibra, volcada a un proyecto pastoral, y la participación en el misterio de la eucaristía.

Fueron tiempos nada fáciles para todos, para mí también. Desde mi soledad en este hermoso patio aproveché para ahondar en otras dimensiones importantes del sacerdocio. Fue un tiempo para potenciar la oración, el silencio, el recogimiento.

Dar contenido a la soledad también te hace crecer y descubres que la vertiente contemplativa forma parte de tu vida pastoral. El riesgo de caer en el activismo desmesurado puede desplazar el eje central del ministerio.

A través de la oración, pude conectar más en profundidad con Aquel que es la fuente de mi vocación. Fue así como asumí la situación de la pandemia y, poco a poco, ya no se me hizo tan pesado, porque iba adentrándome de manera progresiva en otro espacio donde era más consciente del alcance de mi misión. Entre otras cosas, intensifiqué la oración, teniendo muy presentes a todos mis feligreses y rezando por ellos, por sus familias y sus necesidades. Lo que podía haber sido un tiempo difícil y complejo se tornó un tiempo de sosiego, tranquilo, sereno, con mucha paz interior. El ejercicio de mi sacerdocio ya no era estar en medio de vosotros, sino entrar en vuestro corazón desde la distancia y la soledad. No por ello dejaba de sentir mi responsabilidad para con vosotros. Desde la oración, poniendo en mano de Dios todo este trance, más que alejarme me sentí muy cerca, porque vosotros sois los que dais vida a la comunidad parroquial. Fue una experiencia más que empezó en el desierto cuaresmal y acabó en la Pascua; un momento muy intenso para mi vida espiritual.

Hoy, un año después, gracias a Dios volvemos a la vida comunitaria, aunque con limitaciones. Se enciende de nuevo la chispa de una comunidad que sabe que la celebración dominical está en el centro de su vida, y que sigue siendo alimento para todos. Aunque se hayan reducido el aforo y algunas actividades, la parroquia va recuperando su tono muscular y se fortalece con alegría.

No sabemos cuándo se resolverá esta situación de pandemia, y si habrá algún retroceso o no. Lo que sí sé es que este tiempo ha servido para que, más allá de la incertidumbre que plantea el futuro, nos demos cuenta de que ni siquiera el miedo puede paralizar nuestro corazón y nuestra fe para seguir creciendo. Ni las mascarillas ni la distancia han de ser impedimento para vivir y celebrar algo esencial para nosotros: alimentarnos de Jesús.

El reencuentro ha significado un nuevo soplo de energía espiritual. Sólo ha hecho falta una pequeña brasita para encender el fuego de la comunidad.

Adelante, y que nada ni nadie os impida respirar el oxígeno de Dios, que es su Espíritu Santo. Una comunidad viva se convierte en una comunidad testimonial. Y el mundo necesita de nuestro testimonio.

P. Joaquín Iglesias

<https://www.sanfelixafricano.com/>